

# IMPRESIONES SOBRE LECTURAS \*

## "CANSANCIO"

OBRA DE YAMANDÚ RODRÍGUEZ

### I

- ¡Mamá!  
—¿Qué quieres, hijo?  
—¿Sabes una cosa?  
—¿Qué?  
—Quisiera que nos fuéramos a vivir al Canadá.  
—¿Al Canadá? ¿Y para qué, hijo mío?  
—Y . . . ¡para ser soldado de la Policía Montada!

\*  
\* \*

Así, cuando niño, condensaba yo mis aspiraciones, luego de leer, con avidez infantil, los cuentos del autor que ahora requiere de nuevo mi atención y despierta otra vez mi simpatía.

¡Cómo deseaba, en mis primeros años, trasladarme al nevoso país del norte, experimentar las emociones de la vida en esos desiertos blancos! ¡Cómo me cautivaban sus paisajes de nieve y sus personajes de fuego! Quería, yo también, ser héroe de escenas parecidas a aquellas de mis lecturas. Un soldado y un bandido: dos soberbios corazones. En ambos valentía pro-

(\*) Ambos trabajos de los estudiantes R. Cortazar y Ana M. López de Medina, reunidos bajo el título de *Impresiones sobre lecturas*, han sido recomendados por el profesor de Introducción a Letras, doctor Carmelo M. Bonet. Con su inserción en el presente número, llevamos a efecto la resolución del Centro de Estudiantes de Filosofía y Letras, del 10 de junio, referente a la publicación de trabajos prácticos de los alumnos de 1er. año del curso de 1929.

bada y nobleza mutuamente reconocida. Una persecución agitada y vertiginosa. La captura inminente. Interposición, entre perseguido y perseguidor, de la línea limítrofe, que los colocaba en países y jurisdicciones diferentes. Y el soldado que encarnaba la ley, con el revólver y el ascenso en la mano, dejando alejarse a su enemigo, porque era incapaz de accionar el disparador de su arma. En su lucha interior, había triunfado, sobre la visión de sus escuadras de sargento, la férrea rectitud de su conciencia.

Y todo esto visto a través de la lente mágica de unas pocas páginas. Pero páginas que valen por abultados tomo. ¿Y cómo menos, si llevan la firma de Yamandú Rodríguez?

Hace, pues, largos años que soy su amigo. Así, cuando el azar de la vida quiso que escribiera mis impresiones sobre una obra de este autor, como trabajo práctico de este curso de Letras, me inundó el espíritu un intenso entusiasmo. Tanto más simpática era para mí la tarea, cuanto sabía que, encerradas entre las tapas de *Cansancio* revivían y palpitaban trozos de vida provinciana, con su campo, su poesía, sus gauchos, sus pasiones. Abrí el libro dominado por bulliciosa alegría. No era para menos. Actuaban sobre mí ánimo, a un tiempo mismo, mis recuerdos de la niñez, mis entusiasmos de estudiante y mis simpatías de provinciano.

Me he abstenido, a propósito, de leer sobre el tema y el autor toda otra cosa que no fuera la obra misma. Llegué hasta él, "libre el alma de extrañas sugerencias". Sé que mi trabajo perderá con esto en corrección y exactitud; pero no importa, ganará en sinceridad. Y me quedo contento con el cambio.

## II

En el curso de mi lectura he trabado relación con muchos personajes. Es como si el autor hiciera girar ante los ojos un caleidoscopio que mostrara, en cada una de sus vueltas, aspectos distintos de una misma cosa, o mejor, de dos cosas, que se funden, que se armonizan en una sola: el carácter del paisano criollo y el espíritu del autor. En algo más que en la esencia del libro se nota esta identificación; también se advierte en el lenguaje mismo. Hablan peones, "gurises", estancieros,

criollitas enamoradas o vigilantes perezosos, pero en el fondo es una la voz, es único el tono, son idénticas las palabras. Palabras que siempre tienen un extraño sabor, que endulza el alma y hace sonreír. Aquí, es una china extrañamente amiga de escribir cartitas deliciosas; allá, un mulatillo que encierra un espíritu inmenso de heroísmo. Siempre aparecen esos términos y esas expresiones, que dejan escapar, a través de la estrecha prisión de su significado, un suave perfume, mezcla de ideas, de sentimientos, de sugerencias. En muchas partes, en los pasajes descriptivos o pictóricos sobre todo, parece que los párrafos estuvieran formados, más que por las frases mismas, por esas como prolongaciones de su sentido íntimo. Esto da por resultado un estilo muy flexible, pero flexible desde el punto de vista del significado, de las ideas. Las frases largas, llenas de detalles y puntualizaciones, representan, por lo mismo, un invariable valor de conceptos. Aquí no. En el lenguaje de estos cuentos (breve, instantáneo), el contenido que podríamos decir emocional de las frases, se diluye o comprime, conforme a la intensidad con que el lector las siente. En el lenguaje de *Cansancio* las palabras (que hacen las veces de oraciones) o las oraciones (que hacen las veces de palabras) no son fines en sí mismas: son el medio para llegar a un sentido por lo común ausente de la expresión escrita. Parecen jalones que indicaran un camino. El autor se limita a colocarlos. Marchar por la ruta, es tarea del lector. Así, a medida que uno avanza en la lectura, va adquiriendo conciencia de su propia importancia. Casi diría que interviene como un nuevo, extraño personaje. Personaje que, con la batuta de su propio sentimiento, es el encargado de dar un ritmo personalísimo a esta sinfonía que se llama *Cansancio*. Como si de una orquesta se tratara, cada relato, semejando un instrumento, da su nota particular, que es ya dulce, ya llorosa, ya tremante, ya ligera. Mas cuando se divisa la viñeta que marca el fin de la página última, se siente (casi diría se oye) en el alma una cadencia polifona y prieta, con una armonía propia, con un sentido independiente de sus partes. Y tanto más exquisitas son las sonoridades de esta música, cuanto que el lector la adapta a la escala de su diapasón espiritual.

Veamos cómo, al leer las líneas que siguen (transcriptas de

uno de sus más vigorosos cuentos) es menester que volquemos nuestra subjetividad para construir puentes ideológicos que llenen el claro que dejan entre sí las palabras y las frases:

“ . . . A Don Evaristo Chalar le avergüenza sentirse tan forastero. Tiene medio siglo, y no conoce mundo. Casi ni su propio pago conoce. Nació, creció y maduró en la estancia. Recuerda haber salido de ella cuatro veces: la primera en un manso a buscar la novia. La segunda en un parejero a buscar la rodrigona. La tercera en un sulky a llevar al “dotor” y la cuarta en un oscuro acompañando por última vez a la finada. Nunca pudo orientarse, por impedirselo la ilusión, el ansia, el miedo y la pena”.

Si alguno de los que han leído el cuento no se ha distraído admirando la adecuación entre las cabalgaduras y las circunstancias; si algún otro no dió un traspie de entusiasmo en el pedregal de pensamientos que bordea la última frase, yo creo que todos habrán completado, con los colores propios de su imaginación o sus recuerdos, este magistral esquema de la vida de Don Evaristo Chalar. Así, pues, no obstante que la fisonomía del estanciero sea siempre reconocible, él aparece, a través de cada retrato imaginativo, con más luz o más sombra, más tosco o más pulcro, más risueño o más triste. El autor ha trazado cuatro líneas directrices. Cada uno de nosotros hemos completado la obra, según la variable riqueza de nuestra paleta espiritual.

### III

Le está reservada otra tarea al lector que avance por estas páginas, tan llenas de sorpresas y emociones. Es buscar el lazo, el nexo sutil, delicado, agradable, que une con frecuencia las expresiones. Expresiones que a primera vista parecen separadas por el abismo de su función y significados antitéticos.

Pero pronto se ve que esa misma antítesis les sirve de conexión. Así encontramos frecuentemente que un solo verbo, un solo calificativo, sirve para designar las más variadas acciones o las cosas más diversas. Una misma palabra, junta, hasta hacerlos chocar, conceptos materiales y éticos, físicos e intelectuales. Abramos el libro en cualquier página. En la primera

del cuento ya citado ("El Agradecido") ,por ejemplo: "Le extiende la diestra al vecino, y agarrado a las crines del caballo gordo, sostiene el diálogo y su peso". Y en otra parte del mismo relato: "Le sorprende encontrarse con que el muerto no le aflige tanto, como el pensar que ya no podrá resucitar aquel momento viejo. Junto a la cruz se despide del indio y de una buena acción". Y más adelante, en un cuento ya divulgado en las páginas de una popular revista nuestra: "Primitivo entiendo que su fama apenas tiene fuerza para saltar el cerco de piedra de la estancia, llegar con mucha fatiga al rancharío vecino, y morir magullada entre las piedras del primer arroyo".

Un poco más allá, advertimos el peso de una tragedia, sostenido por el escaso puntal de tres renglones: "Refirió que al regreso de "La Tablada" con mil pesos de D. Luciano Ortiz en el tirador, tropezó en una mesa, se enredó entre los cuatro palos de un naipe, y perdió la plata ajena y el nombre propio".

La ya anotada intervención del lector en el matiz de lo que se lee, hace que para mí, por ejemplo, falte algo. Me lo anuncia un tanto confusamente, una extraña sensación que me invade.

Conozco que es sensación de ausencia. Luego de meditar un tiempo, creo concluir que, entre tantas páginas concisas, prietas, "martilleantes", falta alguna más refinada, más tierna, más infundida de esa atmósfera de dulzura, de armonía, de religiosidad, acaso de tristeza, que flota en nuestras últimas, magistrales novelas del género. A veces, sin embargo, me parece encontrarla. Pero no en la forma, en lo externo, en el estilo. Brota de lo más hondo. El autor derrama toda su poesía y su encanto en la médula de sus narraciones, en su esencia, en sus conceptos, en sus ideas. Las palabras, son, diré, la envoltura visible de un íntimo espíritu. Aquéllas producen a veces la impresión de "un cuidado descuido". Este cautiva con su artística, innata espontaneidad. Muchas veces parece que quisiera el autor cubrir los pensamientos (que son, más que las palabras, receptáculos exquisitos de poesía y de encanto), con el ropaje de los términos burdos y las expresiones incultas. Pero, así como en aquel cuento del rey que se vistió con ropas de mendigo, el sayal de mendicante, no podía cubrir la regia fineza de las maneras, así en estos cuentos, el basto "picote" de las palabras rudás, deja visible, a través de sus desgarrones, aquello

que intenta vestir: un pensamiento ágil, una sensibilidad literaria superior, un fondo ideológico, más propio de artistas que de gauchos. De aquí resulta que esos paisanos "acortaos de educación", hablan empleando los ya advertidos procedimientos de estilo, y dan muestras de una fineza mental y de una delicadeza emotiva, tan alejada de sus condiciones y posibilidades que llegan a desentonar y contradecirse, los personajes y su lenguaje.

## IV

Ya sea el evidente efecto de algunas imágenes, metáforas y artificios de la pluma, ya la circunstancia de estar ahora reunidos en un tomo, cuentos separados en su origen por largos intervalos, es lo cierto que se nota un exceso (tal vez no sea esta la palabra), una prodigalidad, de las anotadas excelencias estilísticas del autor. Tomando así, al azar, notaré, por ejemplo, aquella figura que consiste en hacer que separe o se interponga entre dos elementos mentales o morales (ideas, sentimientos), un espacio material, o más bien, materializado en el piso del rancho, en la extensión del campo, en el polvo del camino: "Ella fué despacio; obedeció, contenta de poner unas tablas entre su recuerdo y aquella luz de la siesta que la vió caer". "Mas sus recelos le aconsejan no perder tiempo en detalles, y pone camino entre su cuerpo y la recompensa". "Galopa sobre el trillo, para poner una nube de polvo entre él y su posible perseguidor". Y así, algunas otras.

Hay, sin embargo, en los relatos, un elemento, una circunstancia que se repite siempre, pero que, ésta sí, siempre agrada (tal vez por lo mismo que sorprende). Me refiero a los finales, a las conclusiones de los cuentos. Aquí ya cambia la clase de gimnasia mental a que el autor nos obliga en el curso del libro. Desde que se comienza a leer un capítulo hay que interpretar. Cerca del último renglón, es necesario suponer, adivinar.

Pero lo curioso, es que no sólo los finales son imprevistos. Yo no sé qué sensación de sorpresa producen también las líneas iniciales. Generalmente comienzan por un llamado, un grito, una exclamación, que así, de pronto, bruscamente, nos sale al encuentro. Luego, más adelante, como si tuviera com-

pasión de nuestro azoramiento, se llega piadosamente hasta nosotros un apartado, una digresión, una ojeada retrospectiva que ensambla y armoniza con las frases primeras. Henos, con esto, en el corazón mismo del asunto. Una vez allí, vaya uno a predecir cómo saldrá. Sin duda, no ha de ser por el camino que imagina.

## V

Todo el libro despliega, en su variada extensión, frente a nuestros ojos, un pintoresco cuadro de psicología campera. En él vemos pintados de mano maestra, los sentimientos, el carácter, las pasiones del criollo.

Emprendemos el viaje en la página primera en alas del amor. En la última nos obliga a detenernos, el "cansancio" de Indalecio, aquel de la inagotable "pacencia". Paciencia que es más bien el retrato de la abulia racial de los hombres de esta tierra, la caracterización de esa laxitud honda de la voluntad, que apelmaza y aprisiona el alma de nuestros criollos.

En el trayecto hemos ido conociendo y admirando la generosidad que lo endulza, los sacrificios que lo ennoblecen, la pasión por el juego que lo arrastra, la obsequiosidad que lo refina, el culto al coraje que lo enardece, la resignación que lo santifica.

Supimos bien de ese sentimiento (para mí, provinciano del norte, un poco extraño) por la "puera del apelativo"; de su preocupación para que nunca se manche y siempre brille, la quebradiza tradición de un nombre. Y a fuerza de mostrarnos espíritus y tipos, apenas si ha dejado el autor la escasa rendija de unos pocos renglones, para atisbar y conocer el paisaje. Es lástima. Hubiera sido lindo mirarlo con sus ojos.

## VI

Por fin, como coronamiento sintético de este fatigoso análisis, diré que me he maravillado en presencia de la concisión de Yamandú Rodríguez (tal vez porque admiramos más lo que poseemos menos); he advertido la sublimada imitación que hace del lenguaje criollo. He profundizado con el autor,

en el conocimiento del espíritu gaucho (amplificado a veces por la admiración, el cariño o la ironía). He gustado el delicado perfume de sus sintéticas metáforas, de su original afición a hermanar, poetizándolos y prestándoles un nuevo sentido, términos entre sí extraños por su representación conceptual. Me he sorprendido ante el cuadro renovado y nunca presenciado de sus tramas perfectas. Y, finalmente, al contacto de tal delicado y tornadizo ramillete, he idealizado íntima, intensamente, algunas fugaces horas de mi vida.

Un algo recóndito me anuncia que estas impresiones son de aquellas que se entran al alma y allí quedan, para no irse jamás.

Y en la morada de mis recuerdos gratos, tales impresiones tendrán (yo lo aseguro), como inseparables compañeras, mi admiración por las cualidades del artista, y mi simpatía entusiasta por su obra.

## VII

La brevedad inexorable del tiempo me hostiga para que vuelva presuroso la página postrera. Ni la rapidez de la lectura ni lo copioso del material, han llegado a infundir en mi ánimo aquello que es el título del libro. Por el contrario, nunca, nunca me ha quedado tan límpida, serena y retozona el alma, como después de este *Cansancio*.

R. CORTÁZAR.